

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO III [23]

Meditación – 2024

La Santa indiferencia

Vamos a meditar ahora la última parte del texto de San Ignacio de la meditación del «principio y fundamento» [23].

Como sabemos, ese texto, que es inicial y es fundamental para todas las otras meditaciones y contemplaciones que vayamos a hacer, habitualmente se le da más de una hora de meditación. Se divide en distintas meditaciones, porque justamente es una materia esencialísima, y tiene que ser también esencial en todo lo que yo vaya a pensar, a considerar, a adentrarme en el misterio de Dios, en el misterio que soy yo, (cada uno de nosotros), en el misterio que son las cosas que me rodean. ¿Para qué Dios las puso? ¿Qué tengo que hacer con ellas?, esta parte habitualmente se llama **la santa indiferencia**.

En primer lugar: pongámonos en presencia de Dios, hagamos un acto de fe, es decir un acto de certeza de decir: “Señor yo sé que tú estás aquí”. Si están delante del Santísimo, también hay que hacer el acto de fe, porque uno no lo ve a Dios en la Eucaristía, uno **sabe** que está. Certeza absoluta gracias a la fe.

Pero en donde uno sea que vaya a meditar, tratar de buscar un lugar y un momento aislado, en silencio, desconectado del teléfono para hacer ese acto de presencia de Dios. Es tan importante esto, que muchos padres de la vida espiritual dicen que la oración de simplicidad, es de las oraciones más difíciles, y es de las oraciones que se logran, el ser humano puede lograrlo, pero es un don de Dios, es decir: “es más don de Dios que acción humana”. Después de mucho esforzarse y años de práctica, es que el ser humano llega a experimentar, no necesariamente de manera sensible, esa presencia de Dios.

El Santo Cura de Ars San Juan María Vianney decía que la oración tiene que ser como el aire, como la respiración del cristiano. Como no es algo natural, [puede llegar a dificultarse]-nosotros no nacimos sabiendo rezar por más que muchos de nosotros, o la gran parte, hemos recibido la gracia bautismal de niños-, pero de a poco, si el Espíritu Santo intercede por nosotros..., pero hay que esforzarse, y una de las cosas [que es] esencial es hacer ese acto consciente: decir “me pongo en presencia de Dios, sé que Dios me está mirando, sé que Dios está aquí delante de mí”, y uso uno de esos preámbulos que dice San Ignacio, el imaginarme la “Majestad de Dios”, Dios omnipotente, Dios Bueno, Dios veraz, la Santísima Trinidad, la Santísima Virgen María, los santos, los ángeles que están, y yo estoy en presencia de ellos. Tampoco perder mucho tiempo, pero lo cierto es el hecho de ser consciente que yo estoy en la presencia de Dios, y Dios está mirándome, está escuchándome, está hablándome. Por eso que puedo hacer coloquio con Él.

Luego vamos a traer la **historia**. Acá se lee el texto que se quiere meditar, en el caso

nuestro, el texto que queremos meditar es este el «principio y fundamento» y lo voy a leer desde el principio, incluyendo la parte que vamos a usar ahora:

[23] PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.

¿Qué le vamos a pedir a Dios? La petición de **preparación** es la hacemos siempre;

[46] que todos mis pensamientos, todo lo que vaya yo a pensar a meditar a discernir, que sea para tu gloria, pero aquí en esta meditación, le vamos a pedir a Dios que nos conceda la gracia de entender, entender bien, aquello que le pedimos en la primera meditación:

¿Quién es **Él?**, aquello que le pedimos también en la segunda meditación; ¿quién soy **yo** y qué son las **cosas** que hay alrededor mío?, y ahora le voy a volver a pedir me haga entender ¿cómo yo estoy **relacionado** con las cosas y cómo tengo que usar las cosas?, como medio y no como fin, que por lo tanto tengo que pedirle: “Señor hazme que sea indiferente” - ahora vamos a explicar mejor qué significa esto- y pedirle que todo lo que yo haga y use en mi vida, sea solamente para el fin para el cual Él me creó. Es decir, para alabarlo, darle reverencia, servirlo, obedecerlo, y así salvar mi alma; es decir, llegar al Cielo.

La regla del “tanto cuanto”:

La primera parte; «todas las cosas fueron creadas para el hombre, para que le ayuden a llegar al fin, a salvar el alma», y ahí dice San Ignacio «por lo cual es menester», “es necesario”, que el ser humano tiene que usar de las criaturas, disponer de ellas, relacionarse con otros seres humanos (otras criaturas es todo lo que no es Dios y yo, es decir toda la otra creación de Dios, que Dios hizo para que me ayuden). Pero ¡ojo! que el Señor también a mí me creó, para que yo ayude a los otros en su salvación, para que yo ayude a los otros a que alaben a Dios. De allí que estos días terminamos de meditar que si quizás yo soy motivo de que hay personas que no están alabando a Dios por mi culpa, que en vez yo de ser una ayuda, un instrumento, algo que sirva en la manos de Dios para que esa persona le dé gloria y se salve, -Dios no lo permita-, quizás yo sea un obstáculo; entonces dice: «de donde se sigue que el ser humano ha de usar de ellas tanto le ayuden y ha de quitarse de ellas cuanto para ello le impiden», es decir son un obstáculo.

Y acá hay que bajar al concreto, decir “yo tengo que darme cuenta que tengo que usar,

(tengo que relacionarme, tengo que disponer, tengo que acercarme) a personas, objetos materiales, objetos inmateriales, honor, fama, dones, lugares, situaciones; todo eso, **si me ayudan**". Y si no me ayudan, lo tengo que **dejar**, es así.

Y entonces uno tiene que ir pensando, ir viendo, nos pueden ayudar la vida de los santos, ya que los santos llegaron a Santos porque justamente se sirvieron, -bien entendido-, de las criaturas para servir al Creador. Adoraron a Dios, no a las criaturas.

Pero uno no tiene que tener a priori, "no hay que tener nada material". Todos tendrían que ser como San Juan Bautista en el desierto... San Juan Bautista es extraordinario. ¿Puede ser que Dios quiera que toda la humanidad viva como San Juan Bautista?, como poder... es posible, poco probable, y de hecho históricamente no se dio. Se dio en casos, en muchos casos ese mismo desierto de Judea en muchos momentos de la época bizantina, se llenó de contemplativos, sobre todo de monjes, aunque San Jerónimo también fundó monasterio de monjas y había miles y había ermitaños; pero no toda la población, ni siquiera la mayor parte.

Entonces no digamos "los bienes materiales son un mal". No, no son un mal. Por eso digo lo de bajar al concreto y pensar. Puede ser que Dios te haya puesto en un lugar de privilegio en la sociedad. Puede ser un poder que tengas, poder político, poder económico, o poder o académico, y eso usarlo bien, para el bien de Dios, es decir, para el bien también de su criatura, del ser humano, ordenadamente.

Los Ejercicios Espirituales son [21] «**para vencerse a sí mismo**», y para ordenarse sin afección desordenada. En estos ejercicios ver cómo es mi relación con las criaturas, cómo es mi relación con las otras persona, cómo mi relación con el pasado, con mi memoria, con mi fantasía, cómo mi relación con todos los talentos que Dios me dio. Si son un bien, lo uso; tanto cuánto, y si es un obstáculo, lo dejo, y le pido al Señor la gracia de dejarlo; por eso dice San Ignacio después de decir la ley del tanto cuanto:

[23] (...) **Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza** (...)

Hay que ser indiferente, ¿qué quiere decir indiferente?, indiferente no quiere decir que me da lo mismo, que no me preocupa nada, nada. Puede ser que alguno le pase que en algún momento de la vida nos puede llegar a pasar, pero habitualmente, el ser humano experimenta, una preferencia, una tendencia hacia una cosa y no a otra. Indiferente no quiere entonces decir como "apatía". Indiferente no quiere decir tampoco -y lo dice él de una manera que quizás no puede no ser clara-. Indiferente no quiere decir "es lo mismo, el bien y el mal, la gracia y el pecado, vivir bien o vivir de manera escandalosa, siendo causa y ocasión de pecado, u ocasión de pecado para los otros, es lo mismo, todo es lo mismo". No. Él lo dice «es necesario hacernos indiferentes»: uno no nace indiferente, uno nace con tendencias, muchas tendencias, el ser humano tiene incluso después de bautizado el "fomes peccati" esa tendencia hacia el mal. Uno tiene que **hacerse** indiferente. Es una virtud, de la santa indiferencia. Alguno por temperamento, por cultura, por otros elementos les será

más fácil, pero hay que hacerse indiferente. Pero él dice -a todas las cosas creadas- «**en todo lo que es concedido la libertad en nuestro albedrío, y no le está prohibido**»; “Aah sí, yo soy indiferente..., mirá ¿que tengo que mentir? miento, ¿qué tengo que cometer un adulterio? lo cometo, ¿que tengo que robar? lo robo, ¿que tengo que hacer?. ¡No!. Dios nunca, **nunca**, puede pedir, puede querer, que tú cometas un pecado aunque sea venial, ¡nunca!. Eso lo contradice, no puede Dios, que es la suma bondad, la suma perfección, pedir un pecado, eso es blasfemo además.

Pone ejemplos, dice: «**de tal manera, que no queramos la voluntad de nuestra parte más salud que enfermedad**», algunos Dios quiso, o quiere, que esté enfermo; ¿pero cómo padre usted dijo que nunca Dios quiere el mal?. Nunca quiere el mal moral, el pecado. A veces lo permite, ¿y el mal físico? a veces lo quiere, porque no es un mal eterno. Mal físico es un mal, un sufrimiento; -sé que el tema es muy muy complejo-, y muchas veces Dios lo permite, pero la gente, incluso mucha gente sencilla se da cuenta, “esto me lo mandó Dios”, me lo mandó Dios, como castigo, como prueba... entonces es distinto, hay que distinguir.

Hay un tratado muy hermoso sobre el mal y las clases de mal de todo. En definitiva igual nosotros creemos en la divina providencia, y sabemos que Dios es bueno. Diciéndolo más simple podemos decir: “Dios nunca quiere el mal, sino que a lo sumo lo permite”.

¿Puede entonces Dios querer (o permitir) - es la voluntad de Dios, de todos modos- que tenga salud? “y no... pero a mí me gustaría estar enfermo...” -para ser centro de atención- ... “Dios me dio las dos piernas, pero a mí me gustaría tener una”; -hay de todo en el mundo...- o “no me cuida”, o “destruyo mi salud”, la salud es una es una parte de la creación de Dios. O “Dios puede ser que me quiera enfermo”, ¿cuántos Santos se han santificado? han descubierto a Dios, se han hecho más buenos, han hecho muchísimo bien en la enfermedad; pero para eso hay que ser indiferente, pero no con la indiferencia de la sensibilidad .

Me acordaba preparando esta meditación, de un texto sobre un testimonio misionero que escribí sobre “la gracia de ser misionero en la Franja de Gaza”. Y empezaba ese pequeño escrito con la enseñanza de San Francisco Sales que dice: «La mayoría escoge según su gusto, pero pocos escogen según su deber». Es de eso que se trata la indiferencia, de no escoger según el gusto, según la sensibilidad, sino lo que sea el deber, lo que Dios pida.

Lo mismo dice él, por ejemplo; «**más riqueza que pobreza**» puede ser que Dios te haya pedido hacer un voto y vivir pobremente como religioso, y sin embargo ¿no es la voluntad de Dios?.

Está el caso muy hermoso de los papás de Santa Teresita del niño Jesús: Luis Martín y Celia Martín, ellos querían ser religiosos. Si mal lo recuerdo a él no lo recibieron en la congregación. No había podido [ingresar] porque no sabía latín, y a ella no me acuerdo por qué motivo no la recibieron en la congregación. Se casaron, tuvieron muchos hijos, varios los perdieron. Quedaron cinco mujeres, Santa Teresita y otra hermana más de Santa Teresita que está en proceso de canonización, una hermana del todo particular, porque fue la hermana que entró y salió de la vida religiosa más de una vez -¿los criterios del ser

humano, del mundo no son los mismos no?- Dios le hizo llegar a la santidad; no le daba la salud, pero ella sabía que tenía que entrar, y volvía a entrar. Los papás también son santos, San Luis Martín y Santa Celia Martín. Ellos querían ser pobres, pero Dios les pidió tener un buen pasar, aunque Dios después les dio otra Cruz, por ejemplo; la enfermedad.

«**Honor que deshonor**», hay santos que nunca padecieron el deshonor, nunca, y otros que se hicieron santos en medio de los grandes deshones. La gran parte de los santos canonizados de los primeros siglos, son mártires, y murieron deshonrados y vivieron deshonrados. Celebraron los Santos Misterios en las catacumbas o escondidos; y eso durante cientos de años, y muchos eran profesionales. Tenemos Papas mártires, obispos, sacerdotes, padres de familia, niños. Millones en la historia; los santos de la persecución comunista, todo lo que es ahora la ex Unión Soviética, los de la persecución en México o en España, o hoy en día en varias partes de Medio Oriente, Nigeria, África, Egipto, China. ¡Deshonrados!. Y Dios puede pedir eso.

Me venía también a la mente los santos misioneros, de América del Norte; Isaac Jogues, De Brébeuf. Cuando uno de ellos por ejemplo, incluso había sido torturado, le habían arrancado los dedos con los dientes y fue mandado a Francia de vuelta y él, (justamente meditando en esto de la “Santa indiferencia”, en tener firme voluntad, lo que más quisiese para hacer la voluntad de Dios) le pidió a sus superiores de volver ¡y volvió!. Y murió en la misión. Pero ¿cuánto tiempo? murió ahora y en la honra. Dios puede pedir que uno sea santo gozando de gran honor, pero puede pedir que uno sea santo padeciendo un gran deshonor, «**vida larga que corta**» algunos pueden querer desear tener una vida larga, larguísima, tanto así de ni pensar en la muerte, ni pensar ni pensar en el cielo, ni nada. Pero incluso gente buena, gente muy buena, que quisiese, porque la vida es hermosa la vida es linda, otros que quisiese morir jóvenes, porque se imaginaron o porque experimentaron, o porque tienen miedo de una vida larga y ¡ojo! porque eso cada vez se está metiendo mucho en la sociedad, como se le tiene miedo al sufrimiento, uno se da cuenta, cuanto más uno pasa en este Valle de Lágrimas, más empiezan los achaques, y después bueno, no es como los achaques cuando era uno joven; te rompías a un hueso, te esguinzabas, te pasaba algo y bueno después se recuperaba. Con el paso del tiempo ya la recuperación no es la misma, ...en el caso que se recupere. Pero en un momento no te vas a recuperar, entonces uno quisiera quizás, tener vida corta y Dios puede pedir vida corta. ¡Cuántos laicos, cuántos religiosos, cuántos seminaristas han muerto siendo seminaristas!; el otro día celebrábamos en nuestra congregación del Verbo Encarnado -que se puso un día para celebrar a todos los amigos benefactores de la congregación el 8 de febrero- porque falleció un seminarista Marcelo Morsella. Era argentino, falleció en segundo año de filosofía. En el año 1984 comenzó nuestra congregación y en el año 1986, él muere de un accidente; vida corta.

Y así en todo lo demás. En estos ejercicios, y son ejercicios del todo especiales, porque cada uno de ustedes lo hace en el medio del trajín cotidiano, de trabajo, de las obligaciones familiares, apostólicas, entonces tratar de buscar un momento, pero que verdaderamente sea un momento, que estén desconectados de todo, solamente conectados con Dios. Y en esto fíjense cómo es el mundo... durante muchísimos años en muchos países se le atacó a la Iglesia por las meditaciones, por el silencio, esas cosas aburridas, esas cosas, y fue de manera sistemática. Hasta que la gente dejó de hacer silencio, dejó de meditar, dejó incluso

de ir a la iglesia muchos. Y ¡oh gran paradoja!, empezaron a formar a la gente en que hay que meditar, pero ya no el ejemplo de toda la hermosa y riquísima tradición cristiana, bien sea de la espiritualidad Ignaciana, o de los Carmelitas o de otras familias, incluso orientales cristianas; no, todo tiene que ser lo que no tenga nada que ver con Dios, con su Iglesia. Y nosotros no estamos acostumbrados a meditar, y por eso tenemos que aprender a meditar, tenemos que enseñar a meditar.

Les cuento algo que pasó muy hermoso hace 5 años que soy párroco de Gaza, empezamos a hacer a veces con éxito a veces no tanto, pero adoración también con todos los grupos parroquiales. A veces 20 minutos, media hora, 40 minutos, también con los niños más chiquitos, 10 minutos, 15 minutos, hablarle a Jesús, cantarle, ahora hacer silencio.

Nosotros también nos tenemos como niños chiquitos, que acostumbrar a entrar en esta intimidad con el Señor, y pedirle en el coloquio a la Virgen Santísima que me haga ver qué cosas hay que van mal, que están desordenadas. Porque en definitiva, y es el último punto que pone San Ignacio: yo tengo que «**desear y que elegir lo que más conduce para el fin por el cual fui creado**» y en ese más, puede ser que sea algo que me haga sufrir, puede ser algo en el que yo encuentre, que pierdo la salud, como le ha pasado a infinidad de personas, o que pierdo el honor o que pierdo las riquezas, o que pierdo incluso la vida, porque eso también puede estar en los planes que Dios quiera.

Que la Virgen Santísima nos bendiga y que nos llene verdaderamente de dones para aprovechar este tiempo de Ejercicios Espirituales, haciendo de una manera muy fructuosa, reflexionando, tomando notas, consultando, pidiéndole mucho, mucho a Dios para que pueda aprovechar y que me dé cuenta cómo es mi relación con las creaturas, y si hay cosas que cambiar, cosas que dejar, cosas que abandonar, decisiones que tomar, todo sea para gloria de Dios y para la salvación de mi alma.

Que la Virgen nos bendiga.